



CARTA DE AMOR

Por Ángel Asensio Abuja

Una carta de amor que un pinfanito (año de nacimiento 1945) de Padrón le dirigió a Sor Tránsito en 1957. Bueno a lo mejor no se la llegó a enviar, dejémoslo en carta de amor in pectore.

A continuación explico su génesis.

Para el Pinfanito aquella monja se había convertido en su La Dama del Ala Blanca, ni don Quijote llegó a tanto embeleso por Dulcinea, y es que Sor Tránsito no era como las demás. La Madre Superiora (con todo, respeto) parecía esculpida en granito, un material que solo la naturaleza puede alterar, según nos contaron en clase de Ciencias Naturales.

Sin embargo Sor Tránsito conservaba un brillo de luz esplendorosa y de vida tras sus gafas de gruesa montura. Lo que más fascinaba a Julián era su toca. Aquella corneta almidonada, blanca y afilada como el ala de un cisne. La toca y el babero blancos ambos enmarcaban un rostro más bello que cualquier maravilla del mundo, como las que aparecían en los sobres de las chokolatinas que algún compañero recibía en el paquete que le enviaban de casa.

A pesar de que el catecismo hablaba de siete pecados, no consideraba que sus pensamientos fueran uno de ellos y seguía embelesado soñando con un momento a solas con Sor Tránsito. Con el pulso tembloroso y el plumín ya muy usado y abierto en sus puntas, cargado de una tinta azul o negra, vaya Vd. a saber, y que parecía sangre de ángel, empezó a escribir e inmediatamente cayó una gota descontrolada, apareció un borrón (¡cachis diez!) sobre el preciado papel y ahora ¿cómo consigo otro?

Tras una ardua y dura negociación con su amigo (vaya amigo) el Curto, consiguió un pedazo de papel de estraza, de dimensiones bastante irregulares con algún manchurrón pero lo que más importaba al Pinfanito era que ya podía verter todo su amor por Sor Tránsito.

Y se dijo a sí mismo —ahora concéntrate—:

«Querida Sor Tránsito, Le escribo estas líneas porque el pecho me pesa más que la bronca que me dio esta mañana por no saberme los ríos de España, cuando lo que más me importa, tal vez lo único, son los ríos de luz de sus ojos. Usted es la mujer más bella que he visto nunca, más que la Virgen del Altar Mayor de la Capilla, cuando le ponen las velas nuevas (sin querer faltar a nuestra Inmaculada, si es preciso me confesaré),

Su toca parece una corona de armiño. Su hábito azul es un bloque de noche cerrada y la blancura de su toca resalta como una luna solitaria en medio de un eclipse (con esta frase cae en mis brazos, estoy seguro).

Cuando camina por el pasillo, entre los pupitres, el aire huele a limpio. Parece como si del cielo hubieran bajado Los Ángeles a visitarnos.

A veces me quedo mirándola en clase y me olvido de que el mundo existe. Pero tengo que decirle una cosa que me duele en el alma. Me duele ver que esa mano suya, que es blanca y fina como el papel de seda, sea a veces tan larga para castigarnos.

Ayer, cuando me dio aquel bofetón y luego con el puntero en los nudillos por distraerme no me dolió el golpe, Sor Tránsito. Me dolió que fuera usted quien me lo diera. Un ángel no debería usar la vara, ni siquiera para enderezar a un pecador como yo.

Si Vd. me lo permitiera yo sería su caballero y le llevaría los libros para que sus manos solo descansaran. La quiero más que a las vacaciones de verano. Suyo para siempre.

Firmado (ilegible) Padrón a tantos de tantos y tantos».

Y el Pinfanito se durmió tan feliz y tan a gusto. Lo que llevaba dentro del alma desde siempre ya había aflorado.

PD del autor. Es evidente que muchos de los términos que aparecen en esta carta se han suavizado, pero es que las palabras originales estaría feo escribirlas y el censor tendría que actuar de oficio.